

La alternancia y las alternativas

LAS elecciones generales del 3 de marzo abrieron la posibilidad de que efectivamente se produjera una alternancia en el gobierno. Cumplieron al menos ese mínimo, pero gran valor, que Popper atribuye como el **único esencial** a la democracia: «cambiar de gobierno y aun de régimen sin revolución ni guillotina». Esta democracia de baja intensidad ha cumplido sus fines. Pero cabe preguntarse si, además de la **alternancia** en el poder, se ha producido o puede producirse el advenimiento de una **alternativa**. Durante la campaña electoral, todas las encuestas coincidían en pronosticar una holgada victoria del PP; la ciudadanía, aun sabedora de que cualquier gobernante español tiene serias limitaciones impuestas desde fuera, empezó a especular sobre supuestos no de mera alternancia, sino de auténtico cambio alternativo. Se pensaba en una legislatura en la que había relevo de personas, modificación de programas, diferentes relaciones de poder e inversión de alianzas.

El ajustado margen de la victoria del PP y las sustanciales renunciaciones que parece dispuesto a hacer para gobernar, amortiguan, o quizá diluyen, la posibilidad de que realmente la alternancia signifique también una verdadera alternativa política para España. Esta reflexión tiene mucha más

*amplitud y trascendencia de la que le proporciona el momento postelectoral en que vivimos. El interés de este debate desborda con mucho la curiosidad o el regusto de cualquier signo que puedan procurarnos las sospechosas categorizaciones de votantes (ocultos, cautivos, ignorantes, improductivos, vergonzantes, subsidiados, indecentes, etc.), las imaginarias toperas por las que emigran o afloran los votos, los comentarios sobre la reconversión postelectoral del PP en ese acordeón, distanciamiento-acercamiento, respecto de los partidos nacionalistas e, incluso, las especulaciones sobre dificultades de pactos de gobierno. El gran debate que los españoles debemos plantearnos, después de tanto hablar de alternativa, es si tal alternativa es viable o si simplemente tenemos que conformarnos con una alternancia en el poder de socialistas y populares, sin grandes diferencias entre uno y otro, algo semejante al **turno de los partidos dinásticos** de finales del siglo pasado.*

Desde las primeras elecciones democráticas se ha ido acentuando la certeza de que, con apoyos o sin ellos, en España sólo pueden gobernar dos fuerzas: el Partido Popular o el Partido Socialista. Las pasadas elecciones lo han puesto una vez más de manifiesto. Se ha consolidado la existencia de dos grandes partidos que globalmente representan casi el 80 por 100 de los sufragios válidos. Puede creerse que este bipartidismo imperfecto es un mal, pero es; puede vaticinarse que se modificará o se articulará en torno a otros ejes en el futuro, pero parece que nada de eso sucederá ni a corto ni a medio plazo. Analicemos, pues, en qué medida el PP y el PSOE son y pueden ser recíprocamente alternativas.

En política exterior y económica no hay alternativa

LA pertenencia de España a todos los organismos supranacionales de Occidente y el no ser una gran potencia dejan a nuestro gobierno márgenes muy estrechos de autonomía. Dentro de ese marco se podrá pintar en uno u otro estilo, pero se tendrá que pintar lo mismo. Eso lo saben sobradamente los dirigentes tanto del Partido Socialista como del Partido Popular.

- * *En política exterior las diferencias entre ambos no existen o son anecdóticas: ambos apuestan con el mismo énfasis por Europa, se comprometen en las fuerzas de paz de la ONU, promueven acuerdos internacionales contra el terrorismo y practican la misma retórica respecto a Iberoamérica. Las diferencias de modo y grado (en el manejo por ejemplo de la cuestión saharauí) no alteran la sustancial coincidencia.*
- * *En materia económica ambos creen en la bondad intrínseca del mercado y dan como inexorablemente definitivo que, a causa de la economía global, todo es controlable por los Estados menos la lógica del capital. En consecuencia, los esfuerzos de PP y PSOE se centran en acomodar las economías nacionales a esa idolatrada lógica de la escala global, que sustrae a los Estados la soberanía financiera, productiva y aun monetaria y exige de ellos disciplina, sólo disciplina: ajustes básicos o, lo que es lo mismo, control de inflación, estabilidad monetaria, endeudamiento controlado, déficit controlado. El intérprete mediático de esta lógica es el mercado, y los organismos que la expresan en normas (reglamentos, directivas, recomendaciones) son la **Unión Europea (UE)** y la **Organización Mundial de Mercado (OMC, heredera del antiguo GATT)**.*

Ni el PSOE ni el PP se distancian un ápice de estos planteamientos de fondo. Poca diferencia habrá entre ellos en las medidas ya dictadas por el PSOE y las que dictará o confirmará el PP: liberalización salvaje del mercado laboral (con empleo precario, privatizaciones, etc.), obligada liquidación de los monopolios, aceptación activa de todas las directivas comunitarias, etc. Esto será exactamente igual si gobierna Aznar que si gobierna González.

En política social y autonómica la alternativa es puramente teórica

EN materia social, PP y PSOE mantendrán discursos diferenciados, pero practicarán poco más o menos la misma política de pensiones y, aunque con diferencias en la gestión, la misma política sanitaria. Estas

dos esenciales parcelas vienen determinadas por las disponibilidades económicas y por la revuelta social que causaría su deterioro. La economía limita necesariamente una extensión de los programas sociales, algo a lo que, se supone, tiende el PSOE; el miedo a la desafección cívica, que necesariamente se expresará en las urnas, frena la tendencia del PP a organizar los sistemas de previsión con criterios primariamente empresariales. Por ello podemos concluir que ninguno de los dos partidos turnantes se atreverá a introducir en ellos modificaciones drásticas no consensuadas.

EN cuanto a la política autonómica, el PP se presentó a las lecciones con un discurso teórico y una serie de propuestas que ciertamente sí representaban una alternativa respecto a la política practicada por el PSOE. Los populares han planteado una nueva vertebración del pacto autonómico, han denunciado el monolingüismo escolar en Cataluña, han anunciado reformas del Código Penal que afectan de manera importante al sistema penal y penitenciario, han redefinido y reimpulsado algo tan imprescindible como la «Administración única», etc. En todas estas cuestiones media un gran trecho entre el PP preelectoral y el PP postelectoral. Aquél se mostraba seguro, autosuficiente; éste se muestra remiso y rehúye definirse para no estropear el encaje de bolillos en que se han convertido los pactos de gobierno. En la práctica, el PP postelectoral se encuentra en un callejón del que no puede salir sin dejarse las más vistosas plumas de su discurso teórico en la gatera. Los nacionalistas le pasan factura y desde luego no prestarán su apoyo en contra de sí mismos. A Aznar le caben dos posibilidades: o mantener el discurso y pasar a la oposición (la convocatoria de nuevas elecciones es descabellada) o arrojar por la borda la mitad de su mensaje electoral. El mismo Aznar reconoció ante las cámaras de la televisión que su programa sólo podría desarrollarse en un porcentaje limitado del mismo. Las urnas han negado al PP la mayoría suficiente que les pedía. En todos aquellos ámbitos en los que el pensamiento de los populares es opuesto al de los nacionalistas, la alternativa que teóricamente ofrece el PP queda anulada en la práctica.

*En consecuencia cabe afirmar que en prácticamente todos los asuntos importantes, el PSOE y el PP no son fuerzas alternativas, sino a lo sumo fuerzas eventualmente alternantes, bien porque no existe entre ellos diferencia teórica bien porque las diferencias teóricas no pueden ejecutarse en la práctica. Sólo el programa de **Izquierda Unida** ofrece planteamientos verdaderamente alternativos. Como IU no tiene posibilidad alguna de hacer valer sus propuestas en el gobierno, cabe concluir que, en lo sustancial al menos, sólo podemos aspirar a la alternancia.*

QUEDA, sin embargo, una serie de ámbitos nada despreciable en los que el modelo social del PP y de los nacionalistas es coincidente y pueden reforzarse mutuamente durante la actual legislatura: el problema de las relaciones con la Iglesia católica, el estatuto de la enseñanza privada, la autonomía de los centros educativos, la extensión de conciertos entre el Estado y la iniciativa privada en otros servicios, el carácter académico de la enseñanza de la Religión y la retribución de sus profesores, etc. En estas cuestiones, sí puede esperarse, aunque no sin dificultades, que el gobierno del PP represente realmente una deseable **alternativa**. Pero en todas las demás, habremos de conformarnos con que sólo represente una alternancia, lo que tampoco conviene minimizar, porque la alternancia es condición actual de la democracia y condición imprescindible para que en el futuro pueda existir alternativa.